

Recorte de:

402

Canarias

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

17 ENE. 1986

Hoy se cumplen cuatro lustros de la caída de cuatro bombas USA en Palomares

Una bomba que sigue siendo explosiva veinte años después

La población almeriense de Palomares entró en la historia nuclear del mundo a las 10 horas y 22 minutos del día 17 de enero de 1966, hace hoy veinte años. A esa hora un bombardero B-52 de Estados Unidos, que procedía de la frontera turco-soviética, y un avión cisterna de la base de Morón (Sevilla) chocaron cuando volaban sobre Palomares a una altura de 9.300 metros y a una velocidad de 966 kilómetros por hora.

ANTONIO MARTIN ESCORZA,
EFE, Palomares (Almería)

El choque arrojó sobre Palomares una nube anaranjada de 114.000 litros de queroseno en llamas, siete cuerpos carbonizados, tres paracaidistas heridos graves... y cuatro bombas de hidrógeno de 1,5 megatones, cada una de ellas cincuenta veces más potentes que la bomba que destruyó Hiroshima. Pero eso no lo sabrían los asustados vecinos hasta seis semanas más tarde.

Antonia Flores, hoy alcaldesa de Palomares, tenía entonces seis años. «Yo no escuché la explosión, sino que vi una gran nube de fuego que caía sobre nuestras cabezas. Me escondí en casa, como todos los demás. Después, ya más calmada, salí a la calle y me acerqué hasta un cilindro resplandeciente que había caído a pocos metros de mi casa, en medio del pueblo».

La bomba, continúa Antonia, «medía unos dos metros de largo, quedó incrustada en el suelo y estaba resquebrajada. Por las grietas podía verse una cosa gris-negrúzca. Luego nos dijeron que eso era plutonio. Estuvimos tocándola algunos niños porque fuimos los primeros en encontrarla. Luego, cuando llegó la Guardia Civil, nos prohibió estar allí».

Distinta experiencia, no de juego, tuvo Antonio Sabiote, de 36 años entonces y hoy entrado en canas, cuando vio cómo se estrellaba a 20 metros de su casa, después de pasar por encima de su cabeza y la de su mujer, María Flores, un ala entera de un avión con dos motores ardiendo. «Todo mi huerto se incendió y la casa sufrió desperfectos. Desde en-

tonces los tomates no crecen como es debido».

Sobre Palomares ese día llovió fuego y metralla. «Hoy Dios ha velado por el pueblo», dijo el párroco Francisco Navarrete durante los funerales por los aviladores muertos. El sacerdote sólo se refería a los restos de los aviones, pero los que conocían el secreto sabían que Dios se había acordado también de Almería, Sevilla, Valencia, el norte de África y Madrid, adonde también hubieran llegado los efectos de haber explotado las bombas.

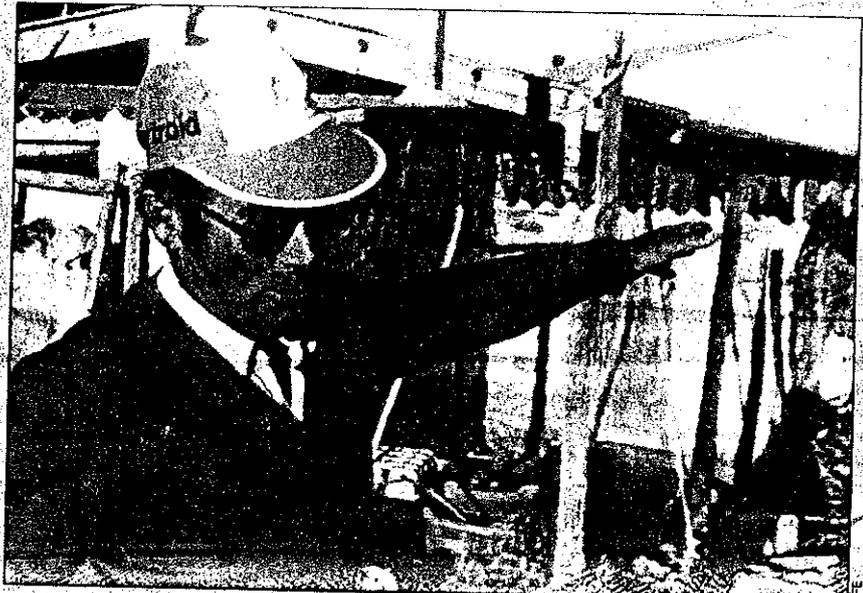
Las cosas del Pentágono

A los habitantes del pueblo no les gusta hablar de las bombas. Ni siquiera hay rótulos que las recuerdan, ni bares con nombres alusivos. Ellos creen que salvaron la vida de milagro y que luego fueron estafados y engañados.

Tres bombas cayeron en el pueblo y la cuarta, la más famosa, en el mar, de donde fue rescatada 80 días más tarde tras arduos esfuerzos y con la ayuda de las más sofisticadas técnicas de entonces, entre ellas dos submarinos de bolsillo.

La operación búsqueda tenía la más alta prioridad del Pentágono y los americanos dispusieron permanentemente frente a Palomares a quince navíos de guerra (más el inevitable pesquero ruso), 130 hombres rana, 2.200 marineros y casi dos mil hombres en las playas.

En Madrid, el humorista Antonio Mingote resumía la actuación en un chiste en el que se veía a una viejecita rezando/a Dios: «para que yo encuentre mi lapicero, que Rosi-



Antonio Sabiote vio pasar por encima de su cabeza un ala y dos motores del B-52, cuyos trozos cayeron a veinte metros de su casa, incendiando el huerto.

ta encuentre novio y que los americanos encuentren su bomba».

«La caída de las bombas hizo mucho daño al pueblo», afirma la alcaldesa con convicción. «Hace 20 años Palomares tenía 1.200 habitantes y hoy tan sólo 800. Los otros han emigrado a Barcelona. Seguimos cultivando el tomate y hasta el año pasado no tuvimos agua corriente en las casas».

También se quejan los demás vecinos. Uno de ellos, Antonio Sabiote, que vio pasar por encima de su cabeza un ala entera del B-52, dice que nunca ha llegado a recuperar el valor real de lo perdido: «Yo sólo reclamé mis cosechas quemadas, pero no otros destrozos, porque entonces nos declan las autoridades y el gobernador que queríamos abusar de los pobres americanos, que habían perdido a sus hombres... que si queríamos que darnos con sus barcos».

Para ello, para que no prescriba el derecho legal a reclamar, los vecinos de Palomares han firmado un escrito que presentaron ayer ante las autoridades de los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores.

«Somos conscientes», dice Antonia Flores, «de que hemos sido engañados. Incluso la Junta de Energía Nuclear nos

ha tratado insuficientemente, inadecuadamente e irresponsablemente durante estos veinte años».

Sin embargo, la alcaldesa, socialista, reconoce que este no es el momento más oportuno para remover nada que huele a nuclear... por aquello de la OTAN.

La gracia de Fraga

Pero lo que más recuerdan, sin duda, los españoles de Palomares fue el famoso baño del entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, y del embajador de Estados Unidos, Duke, el 8 de marzo, para demostrar que las aguas no estaban contaminadas. La foto en *mayba* de los bañistas dio la vuelta al mundo.

El periódico londinense *The Times* escribió: «Ahora los dos esforzados bañistas tendrán que mantenerse en forma y con aspecto exuberante en las próximas semanas. Si desean estornudar, tienen que evitarlo. Si se sienten desentonaos, tienen que ocultarlo. Pasaron por la orfallea del agua y tiene que transcurrir algún tiempo antes de que la inocencia sea concluyente».

De las reclamaciones presentadas —dice un informe de Greenpeace— sólo se aceptaron 536 y de los siete millones de dólares perdidos se entre-

garon sólo 700.000, que representa algo así como el 0,1% del coste de la operación de rescate. «Menos que una propina».

Pero lo más triste de todo, manifiesta Jordi Bigas, de Greenpeace, es que no existen estudios de seguimiento pese al medio millón de dólares de presupuesto anual que la Junta de Energía Nuclear tiene destinado para Palomares; incluso sería beneficioso para la comunidad científica mundial conocer por primera vez en la historia lo que sucede cuando un núcleo de población ha sido expuesta a la contaminación del plutonio.

«Lo único que se ha hecho es realizar análisis de sangre y orina voluntarios con una media de 3 reconocimientos por persona en los 20 años», se queja Jordi Bigas, «y los resultados se han conocido hace tres meses. Hasta entonces los vecinos sólo oían en Madrid: «Váyase tranquilo, no se preocupe, que no paga nada».

Para la alcaldesa de Palomares no existe en realidad ningún indicio que haga pensar en alguna víctima de las bombas, «pero nunca se sabe en el futuro». Por eso ella ha ido a Madrid a presentar en la Embajada de Estados Unidos las firmas para que las responsabilidades no terminen hoy, a los veinte años.